

La relación de América Latina con la Comunidad Europea

Salvador Arriola*

El proceso de unificación de Europa ha generado grandes inquietudes entre los socios comerciales de ésta. Mucho se ha hablado y analizado sobre las implicaciones de este trascendental paso que está a punto de dar la Comunidad Europea (CE), pero hasta la fecha no hay acuerdo acerca de sus posibles efectos. Algunos piensan que el mercado único convertirá a Europa en una fortaleza cerrada a los países no asociados a ella mediante algún régimen preferencial privilegiado. Otros opinan que una Europa unida tendrá mucha más fuerza económica, lo cual la dotará de mayor capacidad para estimular el comercio mundial. Lo cierto es que el importante proceso que se inicia tendrá implicaciones muy significativas, tanto para Europa como para el resto del mundo industrializado y en desarrollo.

América Latina y el Caribe no están exentos de la incertidumbre generada por la unificación comunitaria ni de los efectos que la plena vigencia del Acta Única Europea tendrá en sus vínculos con el viejo continente. Desde hace algún tiempo se han observado con detenimiento los avances en materia de integración de la CE y analizado, asimismo, los costos y beneficios que podría representar para la región el mercado único europeo.

El creciente interés de América Latina y el Caribe contrasta con el carácter marginal que, en general, han tenido las relaciones entre la región y Europa en la agenda de la Comisión de las Comunidades Europeas. Ello no debe sorprender a nadie. Hace 30 años Europa compraba 10% de sus importaciones y vendía 9% de sus exportaciones a Latinoamérica. En la actualidad dicho comercio se ha reducido a la mitad, al tiempo que ha aumentado en forma

considerable el intercambio comercial de Europa con las naciones en desarrollo del Sudeste Asiático.

Otros factores que han desviado la atención de la CE hacia otros ámbitos son sus vínculos preferenciales con sus excolonias; el creciente peso de las relaciones comerciales y financieras de la Comunidad con las naciones industrializadas, y el proceso de reconstrucción de los países de Europa Central y Oriental.

Europa también ha perdido importancia como socio comercial de América Latina. Mientras que de 1970 a 1980 la CE adquirió 16.6% de las exportaciones de la región y aportó 17.2% de las importaciones, de 1985 a 1988 dichas relaciones se redujeron a 5.8 y 10.9 por ciento, respectivamente.

América Latina, lamentablemente, no sólo está siendo marginada de los flujos comerciales comunitarios, sino también de las corrientes económicas globales. En la actualidad la región apenas representa 4% del comercio mundial, en comparación con 8% hace 20 años. Mientras que en 1980 la región absorbía 14.5% de las corrientes mundiales de inversión, en la actualidad sólo recibe 7%. En 1980 de cada 100 dólares que la banca privada internacional dedicaba a programas de crédito, 25 se dirigían a América Latina; hoy sólo van tres dólares.

Los países latinoamericanos y caribeños han tratado de incrementar las posibilidades comerciales, económicas y de cooperación con la CE. La región ha comprendido que la intensificación de sus relaciones con la Comunidad es de vital importancia, no sólo para ampliar el espectro de posibilidades comerciales y financieras que le permitan insertarse adecuadamente en la economía internacional, sino también para alcanzar un equilibrio político y económico con el resto del mundo y buscar alternativas de cooperación más

* Secretario Permanente del Sistema Económico Latinoamericano.

amplias en escala internacional a fin de aumentar su autonomía con respecto a otros países.

La Secretaría Permanente del SELA, por su parte, ha logrado acercarse a la CE. La Comisión de las Comunidades Europeas ha recibido el estatus de observador en el Consejo Latinoamericano y se ha suscrito un convenio de cooperación entre ambas instituciones, mediante el cual se están instrumentando dos proyectos que sirven de puente entre ambos organismos y, por ende, entre ambas regiones. Uno de ellos se refiere precisamente al fortalecimiento de las relaciones entre América Latina y la CE a la luz de los efectos que podría tener el mercado único europeo en la región. En este sentido, se identifican áreas concretas de cooperación mutuamente beneficiosas, así como un enfoque coherente e integral de la región latinoamericana y caribeña respecto a sus relaciones con Europa. El proyecto ha dado lugar a varios estudios en los que se examinan los aspectos fundamentales de las relaciones de los modelos de integración y de los países de la región con la Comunidad, los principales problemas y perspectivas y los efectos que tendrán las transformaciones en curso sobre las economías latinoamericanas y caribeñas. Sin embargo, el principal objetivo del proyecto no sólo es analizar la situación y las perspectivas de las relaciones entre la CE y los miembros del SELA, sino más bien formular y poner en práctica un programa de trabajo a mediano plazo que permita subsanar las insuficiencias en dichas relaciones e incrementar y fortalecer la vinculación económica e institucional con la Comunidad.

Efectos posibles de la unificación europea

Diversos estudios revelan que el mercado único europeo podría generar un efecto de creación de comercio como consecuencia de un mayor crecimiento comunitario. Otros análisis afirman que podría sobrevenir una considerable desviación comercial, resultado de una Comunidad más competitiva y autosuficiente, así como del fortalecimiento económico de ese bloque con otras regiones y países. Si bien la eliminación de las barreras técnicas al comercio podría dotar de mayor transparencia al mercado único, la adopción de nuevas disposiciones en materia de certificación y marcas y reglamentaciones ambientales, fitosanitarias y veterinarias, obligarán a América Latina y el Caribe a ajustarse a los cambios propuestos y evitar con ello obstáculos importantes a la producción y el comercio de sus empresas.

Por otra parte, casi 80% de las exportaciones de América Latina a la Comunidad se compone de productos básicos, por lo que los efectos de creación de comercio podrían aminorarse por la persistencia de medidas proteccionistas y subvenciones a la producción local en la CE, el establecimiento de normas más exigentes de calidad y de protección del ambiente y por el uso de tecnologías más eficientes. Paso importante que habrá de influir en las deliberaciones de la Ronda de Uruguay fue la presentación reciente de las líneas directrices de la evolución y el futuro de la política agrí-

cola común que, preservando el ingreso de los agricultores europeos, tiendan a asegurar una mejor relación entre la producción y las posibilidades del mercado y a contribuir a estabilizar los mercados internacionales.

América Latina y el Caribe esperan que dichas decisiones contribuyan de manera efectiva no sólo al éxito de la Ronda de Uruguay, sino, en particular, al mejor y mayor acceso de sus productos al mercado mundial, en especial al comunitario. Esto último habrá de determinarse más bien por la conclusión exitosa de dicha Ronda que por la evolución de la unificación comunitaria.

En el área de los servicios, América Latina podría enfrentar un grado relativamente mayor de desviación comercial que en el comercio de bienes, debido en parte al aumento de la competitividad de las empresas comunitarias y la adopción de normas técnicas de seguridad y ambientalistas más estrictas que se derivan de los cambios provocados por el mercado. No obstante, algunos análisis muestran perspectivas alentadoras, por ejemplo, en el caso del turismo.

Independientemente de los efectos positivos y negativos del mercado único europeo y las posibilidades para mejorar e intensificar las relaciones entre América Latina y la CE, lo cierto es que los términos en que se habrán de ampliar y fortalecer dichas relaciones estarán más determinados por las iniciativas autónomas de países de aquella región que por la acción deliberada de la Comunidad en pos de un acercamiento económico y de cooperación con América Latina. El proceso europeo de unificación tiene que ver más con la integración y el desarrollo internos de la Comunidad que con el comercio exterior, las inversiones europeas en terceros países y la cooperación externa comunitaria. Así, es válido recalcar que el efecto del mercado único europeo en América Latina y el Caribe será fundamentalmente de índole secundaria. En consecuencia, la evolución de las relaciones económicas entre América Latina y la CE dependerá en su mayor parte de otros factores ajenos al proceso integrador en Europa, como el comportamiento de la economía mundial, la superación de la crisis latinoamericana y caribeña, la conclusión exitosa de la Ronda de Uruguay, el grado de coordinación política que asuman los países de las regiones en sus relaciones externas y los avances que éstos puedan lograr en materia de integración regional.

Hay otros factores y problemas que habrán de ocupar la atención de la CE por algún tiempo. Europa, al igual que América Latina, necesita adaptarse a un mundo rápidamente cambiante, lo que requerirá de todo su esfuerzo y concentración. En vista del reacomodo interno que en estos momentos experimenta el continente europeo, los nuevos intereses de la Comunidad en Europa Central y Oriental y sus relaciones cúpula con Estados Unidos y Japón, pareciera que las perspectivas de un mejoramiento y ampliación de las relaciones entre América Latina y la CE dependerán más de la capacidad latinoamericana que de las pocas acciones emprendidas por el bloque europeo.

Esfuerzos de acercamiento con la CE

En el programa de trabajo que se realiza en el marco del proyecto de cooperación entre el SELA y la CE aparece claramente la necesidad de localizar el esfuerzo latinoamericano hacia otros actores, además de los propiamente institucionales, como los ámbitos empresarial, laboral e intelectual. A tal efecto, la Secretaría Permanente del SELA se propone, entre otras cosas, emprender un cuidadoso trabajo de identificación y relevamiento de los nuevos polos y espacios económicos en pequeña y mediana escalas que se están generando como resultado del creciente proceso de regionalización de la Comunidad. El propósito de esa localización económica es brindar a los agentes productivos latinoamericanos y caribeños un instrumento que les permita vincularse directamente con sus contrapartes europeas y tener acceso a centros mejor adecuados a la capacidad y magnitud de las empresas latinoamericanas y caribeñas, en torno a las cuales se están concentrando las corrientes de financiamiento, comercio e inversiones, tecnología y gestión.

Es evidente que las dimensiones del comercio, las inversiones y la cooperación entre ambas regiones están, por el momento, debajo de su potencial, incluso en el caso de los países comprendidos en los acuerdos de Lomé y en el de los que han suscrito convenios de "tercera generación".

América Latina y el Caribe deben establecer una estrategia autónoma en sus relaciones con Europa. Ello incluye la formulación de una agenda adecuada de negociaciones, la identificación de los foros pertinentes y la coordinación entre ellos, así como el empleo oportuno del poder de negociación colectivo de la región. La actual situación política y económica de Europa es compleja y diversa, por lo que Latinoamérica requiere una estrategia precisa y diversificada para una relación provechosa con las distintas áreas y entidades de Europa.

Recientemente se llevó a cabo en Santiago de Chile la segunda reunión del diálogo institucionalizado entre la CE y el Grupo de Río. Ahí se examinaron los acontecimientos políticos mundiales, regionales y bilaterales, así como las cuestiones económicas, en particular las relacionadas con el comercio, inversiones, financiamiento, ciencia y tecnología e integración económica.

En el ámbito comercial convinieron en organizar, en el segundo semestre de 1992, una reunión de funcionarios de alto nivel que tendrá como objetivo evaluar los avances de la Ronda de Uruguay, las negociaciones en curso para establecer zonas de libre comercio en el continente americano, la constitución del mercado único europeo, así como los acuerdos firmados recientemente por la Comunidad con la Asociación Europea de Libre Comercio (AELC) y con las economías de Europa Oriental y Central. Con base en dicha evaluación se formularán conclusiones y recomendaciones que se ventilarán en la reunión ministerial entre la CE y el Grupo de Río a efectuarse en Copenhague, en el primer semestre de 1993.

El Grupo de Río señaló que sus prioridades para la reunión de funcionarios de alto nivel son básicamente mejorar el acceso de sus productos al mercado único europeo; lograr una correcta adecuación de sus exportaciones a las normas ambientales, sanitarias y de calidad industrial que condicionan las oportunidades de comercialización en el mercado comunitario; el examen conjunto de los medios para optimizar el empleo del Sistema Generalizado de Preferencias, y evitar que los acontecimientos en los países de Europa Central y Oriental y en la Comunidad de Estados Independientes se traduzcan en una desviación de los flujos comerciales en detrimento de los países del Grupo de Río.

La evaluación mencionada, así como las líneas de acción de América Latina y el Caribe, permitirán no sólo dar vigencia a los actuales mandatos que tiene el SELA al respecto, sino coordinar y difundir las tareas que en el ámbito del conocimiento se exigirá a los distintos operadores económicos de América Latina y el Caribe ante las nuevas oportunidades que ofrecerá el mercado único europeo a partir de enero de 1993.

Las nuevas condiciones en América Latina

Enrique Iglesias, presidente del BID, señaló recientemente que los países de América Latina han adoptado una estrategia para poner su casa en orden; sin embargo, el entorno global continúa siendo crucial para el éxito de su nueva estrategia macroeconómica. Los esfuerzos y las soluciones en favor de América Latina no vendrán de fuera; sin embargo, el mundo, en especial el industrializado, debe cooperar con la región.

A pesar de que las economías de América Latina y el Caribe muestran signos dispares, algunos países han reiniciado su crecimiento y existe en general un control de la inflación; ello facilitará, sin duda, la reactivación productiva y la armonización de políticas en el marco de las nuevas iniciativas de integración regional y sub-regional. Es claro, empero, que a la par de esos indicios alentadores, el deterioro social sigue constituyendo el flanco débil de las reformas económicas emprendidas hasta la fecha, lo que trae consigo la imperiosa necesidad de corregir oportunamente las desigualdades sociales que se han acentuado en forma drástica en los últimos años.

La crisis de los ochenta mostró, en la mayoría de los casos, una compresión extraordinaria de la inversión, que se agudizó al iniciarse los procesos de ajuste. Es urgente, así, revertir la transferencia de recursos y aumentar en forma significativa la tasa de inversión productiva. Además de propiciar condiciones favorables para el incremento de las inversiones privadas, se requiere identificar proyectos estratégicos que contribuyan a fortalecer los vínculos productivos y tecnológicos entre las economías de la región y que sean de interés para el inversionista del exterior. En la mayoría de los países de la región ya se han establecido marcos regulatorios para atraer inversión extranjera, la cual debe contribuir al empeño

generalizado de producción, competitividad e inserción internacional.

Las condiciones están dadas, los signos de vitalidad económica se empiezan a consolidar y extender como fruto de una gestión más eficiente y más comprometida. La responsabilidad de su consolidación y profundización es sólo de los países latinoamericanos, pero también es momento de alentar la participación de terceros.

El papel de la Alide

América Latina y el Caribe cumplen con su responsabilidad, que deben compartir quienes históricamente están más vinculados a la región. Las pruebas de los esfuerzos y compromisos de los países del área están en las cifras y en el cambio real de sus políticas; la incertidumbre para invertir se desvanece con políticas económicas claras y reglas equilibradas y transparentes.

Se necesita ahora la disposición del inversionista europeo y la permanencia en los países latinoamericanos de las políticas económicas que avalen la confianza. Es momento de poner a prueba a la Asociación Latinoamericana de Instituciones Financieras de Desarrollo, a fin de que concerte voluntades y, sobre todo, ayude a canalizar en forma masiva recursos para el desarrollo de América Latina y el Caribe. La Alide debe constituirse en pilar y gestor de las acciones que tengan posibilidad de transformar en beneficio mutuo los vínculos económicos de Europa con América Latina.

A la luz de la reciente decisión de extender las operaciones del Banco Europeo de Inversiones (BEI) a países miembros del Grupo de Río y de la intención de éstos de presentar proyectos que amplíen la cooperación y desempeñen un papel activo en los esfuerzos de modernización económica, la Alide debe asumir una actitud protagónica en las relaciones de inversión y financiamiento entre América Latina y el Caribe y la Comunidad Europea.

Las nuevas atribuciones de la Alide para asesorar a los organismos y las instituciones públicas y privadas de la región vinculados a los sectores de pequeñas y medianas empresas, vivienda, agricultura, agroindustria, comercio exterior, pesca e infraestructura, por medio de la promoción de inversiones y negocios para elaborar estudios de prefactibilidad y de mercados, identificación y jerarquización de proyectos, búsqueda de inversionistas y de financiamiento internacional, son instrumentos que harán viable no sólo el intercambio de información entre empresarios de ambos continentes y la celebración de reuniones industriales sectoriales (conforme lo señala la última declaración de los cancilleres de Santiago), sino también la colaboración con el SELA y la Comisión de las Comunidades Europeas en los encuentros de inversión y de negocios entre las microrregiones europeas y sus contrapartes latinoamericanas y caribeñas. Igualmente, la Alide, junto con sus similares europeas, deberá proporcionar al empresario e inversionista de

América Latina y el Caribe un mapa de posibilidades de financiamiento oficial y comercial europeos.

Con el apoyo del BID, la Alide estaría en condición de alentar la participación del inversionista oficial y comercial europeo en los proyectos nacionales y de integración en América Latina y el Caribe. Ello le permitiría participar de manera directa o mediante cofinanciamiento con y en instituciones como el Banco de Desarrollo del Caribe, el Banco Centroamericano de Integración Económica, el Fondo Financiero para el Desarrollo de la Cuenca del Plata, la Corporación Interamericana de Inversiones, la Corporación Andina de Fomento y el Banco Latinoamericano de Exportaciones. Asimismo, la Alide podría establecer un convenio de colaboración con el Banco Europeo de Inversiones, a fin de intercambiar, junto con las instituciones correspondientes de la región, experiencias en materia de financiamiento a la integración.

La colaboración española no sólo se ha significado en lo particular, sino especialmente como promotora y gestora de iniciativas entre la CE y América Latina y el Caribe. Sería recomendable emprender, en el ámbito de las inversiones y del financiamiento, una acción singular entre España y la región.

Un hecho significativo que pocas veces se recuerda es que España junto con varios países de la región, comparte una misma silla en el FMI y el Banco Mundial. Sería especialmente relevante adicionar a la coordinación de posiciones ante organismos financieros multilaterales, el establecimiento de una estrategia de financiamiento al desarrollo y de las inversiones en América Latina y el Caribe que, sumando los esfuerzos de España, permitiera de manera coordinada contar con la participación europea. Ahí está el desafío. Una evaluación del uso, por ejemplo, del fondo del Quinto Centenario, de los tratados de amistad y cooperación, de las actividades de la Agencia Española de Cooperación Internacional y de los distintos mecanismos de asistencia española, junto con las oportunidades de inversión que ofrece América Latina, puede dar claro estímulo y alentar la participación de inversionistas de terceros países, especialmente europeos. Por ejemplo, las gestiones de España para incorporarse a instituciones como el Banco Centroamericano de Integración Económica y la Corporación Andina de Fomento son, a la vez que prueba de confianza, ruta a seguir para el resto de los países europeos.

En el segundo encuentro del Grupo de Río y la CE en Santiago de Chile en mayo, el canciller español, Francisco Fernández Ordóñez, señaló que a la luz de los avances económicos en América Latina y el Caribe mediante la reforma del Estado y la libertad económica, debiera insistirse en el combate contra la fragilidad social y en la promoción de la inversión extranjera, para lo cual España ofrecía su apoyo. La XXII Asamblea General Ordinaria de la Alide debe sentar las bases de un proyecto para la inversión en esa región, que no sólo ratifique la disposición europea, sino que sea práctico y de rápida instrumentación y permita responder al enorme esfuerzo que realiza la población latinoamericana y caribeña. □